

Del buen uso de la memoria

*Alain Finkielkraut, Tzvetan Todorov
y Richard Marienstras*

El presente diálogo se emitió en el programa *Répliques* de France Culture y ha sido publicado en el volumen *Du bon usage de la mémoire* (© 2000, Serge Kaplun, éditions du Tricorne).

ALAIN FINKIELKRAUT: «No hay límite para la memoria de quien no ha vivido el infierno de que da testimonio» decía magníficamente Jankélévitch. Sin duda ésa es la razón por la que, desde el proceso Papon hasta la muy reciente declaración del Vaticano sobre la Shoah, el deber de memoria se hace hoy tan imperioso y adquiere una forma tan espectacular. Sí, pero ¿memoria de qué? La promoción de Auschwitz al rango de desgracia elegida ¿no tiende a ocultar el Gulag o el genocidio de los indios o la trata de negros? Los judíos, o algunos judíos, ¿no han contribuido a lanzar una especie de guerra de víctimas, al sostener que la Shoah es única, absolutamente única? ¿No es hora de denunciar hoy los excesos, los abusos, o las obnubilaciones de la memoria? Trataremos de estas cuestiones dolorosas, tempestuosas incluso, con Richard Marienstras y Tzvetan Todorov.

Para entrar en seguida en el meollo del debate, quisiera preguntar a mis dos invitados qué piensan de la tesis según la cual la destrucción de los judíos europeos entre 1940 y 1945 constituye un acontecimiento singular e incomparable.

TZVETAN TODOROV: El problema viene de la conjunción de los dos términos. Que ese acontecimiento es único, no cabe ninguna duda. Ningún acontecimiento se parece exactamente a lo que fue la suerte de los judíos europeos entre esas dos fechas. Pero ¿cómo sabemos que ese acontecimiento fue único? Gracias a la comparación con otros. Así es como descubrimos en qué consisten las semejanzas entre esa matanza y otras tragedias históricas; y luego, también, sus rasgos específicos.

La unicidad cae por su peso, pero no caracteriza este acontecimiento por oposición a cualquier otro. El papel de la historia, es necesario recordarlo, es conocer lo que ha sido único; si no, las ciencias sociales sufrirían. Su objeto, la vida de las sociedades humanas, comporta, es cierto, unas constantes, pero también, necesariamente, innovaciones, si no la historia sería superflua. Eso es lo que hace que, para los hombres modernos que somos nosotros, esta vida tenga una parte de imprevisible, que en todo instante esté naciendo en el mundo algo nuevo.

Yo añadiría, para precisar mi posición, que, para mí, no existe deber de memoria sin más. Eso no significa, me apresuro a decirlo, que haya un deber de olvido. En absoluto. La memoria es necesaria, pero habría que añadir asimismo: «¿para hacer qué?» Esa es la razón por la que tanto me gusta el título de nuestra emisión, que es «Del buen uso de la memoria»: presupone que no todos los usos son buenos.

A. F.: Quizá lo veremos. Pero antes una palabra sobre el silogismo paradójico que usted despliega. Usted dice: la destrucción de los judíos de Europa es un acontecimiento único. Ahora bien, todos los acontecimientos son únicos. Luego la unicidad de éste es banal. Concluye usted, en cierto modo, la banalidad de la unicidad. Pero los que hablan, después de o sin comparación, de una singularidad del exterminio, tienen en mente algo más que el carácter único de todos los hechos históricos.

T. T.: Supongo que tienen en mente la gravedad excepcional de lo que se produjo, lo que sería mejor llamar el carácter superlativo de ese genocidio —otro juicio al que no se puede llegar,

en el debate racional, más que por la comparación. Pero hay una diferencia entre «superlativo», en este sentido de la palabra, y «único». Todos los hechos históricos son únicos, en efecto, ése es su rasgo común. Tomemos otro ejemplo: ¿se puede decir realmente que el genocidio camboyano se parece a muchos otros? No. No se parece al genocidio de los judíos, ni tampoco al gulag ruso. Las víctimas son seleccionadas según otros criterios, los medios para dar muerte son diferentes. Es, pues, un acontecimiento único: nunca se había visto a un pueblo exterminar así a un tercio de su propia población.

A. F.: ¿Es en ese sentido, Richard Marienstras, como hablaría usted de unicidad, de singularidad o de excepcionalidad del genocidio nazi?

RICHARD MARIENSTRAS: No estoy completamente seguro de que fuera en ese sentido. En principio, tengo cierta reticencia cuando se trata de comparar acontecimientos como los genocidios. Me parecen difícilmente comparables; los instrumentos de comparación no son evidentes y el provecho que se pueda sacar de una tal comparación tampoco me parece evidente. Algunos, por ejemplo, dicen que la Shoah es única o incomparable, es verdad; pero entonces les responden, desde ciertos ambientes, que un discurso así es una manera de hacerse la víctima, y ésa es principalmente la tesis de Chaumont, para obtener un provecho material o moral. Esa reacción me parece una reacción curiosa y ridícula a la vez. Como decía un historiador de esos acontecimientos, Yehuda Bauer, creo, «la gran gloria de haber tenido un pariente transformado en pantalla de lámpara». Yo por mi parte interpreto esa interpretación como una especie de materialismo psicologizante, que se vuelve por eso casi cómico.

A. F.: A propósito del libro de Jean-Michel Chaumont, *La concurrence des victimes*, Pierre Bouretz, en un artículo reciente de *Le Débat*, se sorprende como usted de la multiplicación de las metáforas económicas o publicitarias: «título de gloria», «emblema orgullosamente enarbolado», «marketing» encaminado a reforzar una «identidad particular». Todas estas expresiones, dice Bouretz, dan la sensación de que Chaumont analiza el lanzamiento de un producto.

R. M.: Sí, y creo que es un poco eso. Yo veo ahí un rechazo a plantear la cuestión del genocidio de los judíos en el plano de la historia y en el plano de los valores y del dolor. En ciertos enunciados, ese modo particular de negar que este genocidio es fenómeno único no es aceptable. Eso me parece una especie de materialismo escéptico, un marxismo recalentado en una salsa sociopsicológica. Y los que enuncian tales críticas ni siquiera comprenden tampoco hasta qué punto sus críticas son inaceptables. Cuando se evoca un cierto nivel de insensibilidad, de violencia y de horror, todo aquello que viene de hecho a negar la humanidad de los hombres asesinados, me parece que eso es desviar el discurso como detenerse en cómo aquellos que se identifican con las víctimas miden, evalúan o exageran el horror. Yo dejo siempre que digan, ya sean armenios o gitanos, negros o hispanos, camboyanos o judíos, y paso de ello; pues ese discurso es para ellos una manera de humanizar un poco lo inhumano, de domesticar el recuerdo, aun cuando ese recuerdo no fuera más que algo de que han oído hablar, no fuera más que un recuerdo de segunda mano. Nunca se me ocurriría discutir la manera como un armenio, un biafreño o un camboyano describe su genocidio, su manera de hablar de él.

A. F.: Una vez planteado el rechazo de toda competición victimaria, queda esta cuestión: para nosotros que no hemos atravesado ese abismo, para nosotros que nos hemos salvado del horror, ¿tiene sentido decir que el genocidio judío es un acontecimiento inaudito, incomparable, absolutamente aparte?

R. M.: En cierta medida, me parece que sí, pero yo no llevaría esta argumentación hasta el final. Pero citaría en su apoyo, en primer lugar, un texto de Jean-Luc Nancy, que se publicó en *Le*

Monde hace unos años: «El nazismo va derecho al universalismo cristiano occidental, lo vuelve particularidad del origen y declara que la verdad de todos es lo propio de algunos; es la humanidad como tal la que se ve golpeada-de pleno.» Y creo que Jean-Luc Nancy captó muy bien que hay una diferencia entre los hechos y el acontecimiento. Lo que Primo Levi consiguió tan bien, es decir, no hacer diferencias entre los hechos y el acontecimiento hablado, o saber hablar del acontecimiento hablando de los hechos, creo que aquí Jean-Luc Nancy lo captó. Hay un acontecimiento, que es la Shoah, que le ha ocurrido a un determinado pueblo, en un determinado contexto, en una cierta época, en una determinada civilización, y eso nos concierne hoy, aquí, y eso nos concierne aquí, no porque haya sido una violencia enorme, sino por otras razones de todo tipo.

A. F.: Sobre las cuales volveremos. Y tendría también una lectura que hacer para alimentar el debate.

T. T.: Quisiera responder rápidamente a lo que acaba de decir Richard Marienstras. Me parece que usted sobreentiende, como se hace a menudo, que quien dice comparación dice parecido, o identidad, lo que evidentemente no es cierto. La comparación, por definición, está ahí para mostrarnos lo que hay de idéntico en dos hechos, pero también, a partir de ello, lo que hay de diferente. ¿Cómo conocer, diría yo más generalmente, los hechos humanos, de otro modo que no fuera por un método comparativo, es decir, histórico o intercultural?

Quando se dice «genocidio», esa simple palabra implica una comparación.

Eso no significa que no haya que rechazar nunca la comparación. Una buena razón para el rechazo, por ejemplo, sería la negación de todo conocimiento, y puedo entenderlo perfectamente. Como personas particulares y privadas, todos detestamos vernos comparados con quien sea, convertirnos en objeto de conocimiento por parte de los demás, estar incluso en una categoría de la que no fuéramos más que un ejemplo. Tenemos derecho a rebelarnos contra esa violencia del concepto. Pero cuando salimos de nuestra experiencia privada y volvemos al mundo público, entramos también en el mundo del lenguaje, y las palabras mismas de cada lengua llevan consigo la comparación. Cuando se dice «genocidio», esa simple palabra implica evidentemente una comparación, pues permite hablar a la vez de lo que se produjo en 1915 en Turquía, en 1932 en Ucrania, en 1942 en Polonia, en 1994 en Ruanda, y así sucesivamente. No podemos renunciar a la comparación sin renunciar al mismo tiempo a ese estatuto del discurso público, que se opone a la sacralidad de la experiencia privada, del dolor que usted evocaba, que es, por su parte, y una vez más por definición, incomparable: es vivida en lugar de ser conocida.

A. F.: Usted liga unicidad y sacralidad. Quisiera, pues, por alimentar el debate, citar a dos pensadores que han llegado muy lejos en la comparación entre los totalitarismos y que han concluido que el genocidio de los judíos fue un acontecimiento sin precedentes: Hannah Arendt y François Furet. Al final de su libro *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt se dirige al acusado en estos términos: «Porque usted apoyó y ejecutó una política que consistía en negarse a compartir la Tierra con el pueblo judío y los pueblos de algunas otras naciones, como si usted y sus superiores tuvieran derecho a decidir quién tiene que habitar este planeta y quién no, nosotros consideramos que nadie, que ningún ser humano, puede tener necesidad de compartir este planeta con usted. Por esa razón, y sólo por esa razón, debe ser ahorcado usted.» Es precisamente esa decisión planetaria lo que constituye la asombrosa originalidad de la empresa nazi. François Furet, mi segundo ejemplo, en *El pasado de una ilusión* rinde un homenaje, recalcado y mitigado a la vez, a Ernst Nolte. Pues el historiador alemán es el primero, según él, que ha hecho proceder el fascismo y el comunismo de una crítica del sistema liberal. En su libro *El fascismo en su época*, Nolte demuestra que el sistema liberal constituyó la matriz de ambas ideologías, la fascista y la comunista. Demostración que Furet resume en estos términos: el comunismo «lleva al extremo la tras-

endencia» de la sociedad moderna: el autor entiende por tal la abstracción del universalismo democrático que hace que el pensamiento y la acción de los hombres se salga de los límites de la naturaleza y de la tradición. En sentido inverso, el fascismo quiere asegurar a éstos contra la angustia de ser libres y sin determinaciones. Para él se trata, pues, de proteger la «vida», la «cultura», al «pueblo», contra los estragos de la abstracción. Pero Nolte ha llegado más lejos: ha abogado con insistente vehemencia porque Auschwitz no sea ya más una espada de Damocles suspendida sobre nuestro presente. Ha militado porque ese pasado pase y, ya digerido, superado, entre en la historia. Más grave aún, Nolte no tiene empacho en afirmar que, habiendo declarado Chaïm Weizmann en 1939 que en el mundo entero los judíos lucharían en esa guerra al lado de Inglaterra, Hitler tenía un fundamento para considerar a los judíos como enemigos. En la correspondencia entre los dos historiadores que siguió a la publicación de *El pasado de una ilusión*, Furet sostiene frente a Nolte el carácter absolutamente singular del crimen contra los judíos. Hay otras caras del Mal, pero lo que distingue al Holocausto viene de dos tipos de razones: «el primero consiste en que la empresa de exterminio de los judíos va contra unos hombres, mujeres y niños por el sólo hecho de que han nacido». La segunda serie de razones, y esto vuelve al artículo de Jean-Luc Nancy citado por Richard Marienstras, «tiene relación con el carácter del pueblo judío en la historia de la humanidad y muy especialmente de Europa. El pueblo de la Biblia es inseparable de la Antigüedad clásica y del Cristianismo; sobrevive como testigo perseguido de otra promesa en la Edad Media cristiana. Participa desproporcionadamente respecto al número de sus miembros en la emergencia de las naciones y en el advenimiento de la democracia. Martirizándolo, buscando destruirlo, los nazis matan la civilización de Europa por las armas de uno de los pueblos más civilizados de Europa. Nosotros, quiero decir nosotros los europeos, y no solamente los alemanes, no hemos salido aún de esa desgracia que nos sobrevivirá». Me parece que en ambos casos una meditación sobre la semejanza entre los grandes crímenes de este siglo desemboca en la irreductibilidad de Auschwitz. El discurso público vuelve a la experiencia privada. El conocimiento del dolor no contradice el dolor vivido, sino que lo confirma.

R. M.: Estoy completamente de acuerdo. Yo diría eso en otros términos, pero de manera bastante parecida. En muchos debates actuales sobre la Shoah, algunos, creo yo, son poco esclarecedores cuando comparan los genocidios y después la unicidad de la Shoah es blandida como una especie de arma, se intercambian argumentos factuales. Pero no es a argumentos factuales a lo que recurren Hannah Arendt y François Furet. Ellos recuerdan esta simple evidencia: que el exterminio de los judíos europeos está ligado a Europa y a Occidente, a causa de un vínculo milenario entre los judíos y el cristianismo, entre los judíos y la cultura occidental, lo cual da a ese acontecimiento una dimensión y un sentido que no se encuentran para nada en otra parte. Y eso no significa que el horror de tales otros acontecimientos, de otros diversos genocidios, sea distinta o menor, que se puedan jerarquizar desde ese punto de vista; su horror es indecible, y su sentido es diferente. Después de todo, para dar este ejemplo en seguida: los armenios son cristianos y los autores del genocidio estaban en un país islámico. Quisiera evocar, a propósito de comparaciones, una cosa ya vieja; yo tiendo a recordar que, con mucha vehemencia, en 1968, denuncié el genocidio en Biafra, en el cual yo hablaba también de los armenios, para dar una referencia, y es un artículo que salió, como es característico, en una publicación judía, *Les Nouveaux Cahiers*, y en *Les Temps Modernes*. Es decir que creo que la comparación es posible, creo que se puede utilizar el término genocidio a propósito de diversos acontecimientos, pero creo que el exterminio de los judíos europeos, al que volveré, porque tiene para mí, en tanto que judío, un sentido que sobrepasa lo que digo aquí, creo que ese exterminio tiene un significado particular dentro del mundo occidental.

T. T.: No puedo sino alegrarme al ver citados los ejemplos de Arendt y de François Furet, que han hecho precisamente lo que yo deseo que se haga, a saber, comparar y afirmar la unicidad a la vez. Lo que ellos afirman podría ser discutido en los detalles, pero el enfoque como tal tiene toda mi adhesión. ¿Eran los judíos realmente los únicos en ser exterminados por lo que son y no por lo que hacen, según una fórmula bien conocida y bien cómoda? Pienso que eso es discutible. Pero ese debate no quita nada a la gravedad de los hechos.

A propósito de lo que dice usted del pueblo central de Europa, quisiera recordar una página más antigua de la historia de las ideas. Se trata de la crítica que Rousseau pudo dirigir a los «philosophes» contemporáneos, en la época de las Luces. Pues la contribución personal de Rousseau a esa filosofía común era precisamente una crítica: les reprochaba el error de creer que basta cultivarse más para convertirse en un ser humano mejor. Si se hubiera escuchado lo que él decía, nadie se habría sorprendido ya porque «el pueblo más civilizado de Europa» fuera capaz de lo peor. Recuerdo haber leído en las actas del proceso de Nuremberg unos relatos acerca de los *Einsatzgruppen*, esos grupos móviles de asesinos que actuaban en la retaguardia del frente en Rusia: sorprendía que los jefes de esos grupos hubieran recibido una educación superior. Ahora bien, los estudios superiores no impiden en absoluto la capacidad humana de hacer daño; desde este punto de vista, era Rousseau quien tenía razón frente a los enciclopedistas. Recíprocamente, todos los seres humanos tienen la misma dignidad; una matanza de «salvajes» no es menos grave que una de un pueblo civilizado.

En fin, por volver a lo que decía Richard Marienstras: es verdad que el horror puede ser semejante; pero los hechos históricos mismos no lo son. El objetivo final de la comparación es revelarnos en qué es único cada hecho, pues por eso mismo es por lo que hace historia.

A. F.: Antes de llegar a la cuestión de los usos de la memoria, quisiera seguir unos segundos suplementarios sobre la aportación a la vez de Jean-Luc Nancy y de François Furet a nuestra discusión. Usted dice, Tzvetan Todorov, que con reserva de ciertos detalles usted no estaría demasiado lejos de aprobarlas. Y sin embargo, leo esto en un artículo reciente que ha publicado usted en *Esprit*, «Dix ans sans Primo Levi»: «No creo mucho en la utilidad del museo del Holocausto en Washington, no en lo absoluto, sino como instrumento de educación del pueblo americano. ¿Qué puede enseñar a los americanos de hoy, en visita turística a Washington, el conocimiento de los crímenes cometidos hace medio siglo por los nazis alemanes? No puede más que reafirmarlos en su buena conciencia, “nosotros no hemos cometido nunca un crimen semejante, pueden decirse, por lo demás, contribuimos a vencer a ese enemigo horrible”. El resultado sería muy diferente si, en lugar de ese museo, se levantase el del exterminio de los indios o el de la esclavitud de los negros.»

Aquí se hace un nudo en nuestro debate. Pues quizá fue porque los americanos pensaban de la manera definida por François Furet por lo que crearon el museo del Holocausto. Pongo por prueba la declaración de Carter en 1979 para justificar el proyecto: «Ciertamente, el Holocausto tuvo lugar en Europa, pero tiene una significación fundamental para los americanos, y ello por tres razones. Fueron las tropas americanas las que liberaron a un gran número de campos de la muerte. América ha sido un refugio para muchos supervivientes», y eso cuenta, hay una presencia de los supervivientes en los Estados Unidos, pero sobre todo dijo, «debemos compartir la responsabilidad de ese acontecimiento, en la medida en que no quisimos reconocer en seguida su importancia».

Y luego, pasaron cosas durante la guerra que, hoy en día, nos saltan a la cara. Hay un libro que se titula *L'abandon des Juifs*, de David Wyman, que demuestra que Roosevelt no quiso nunca hacer de la liberación misma de los judíos un objetivo de guerra, porque él, que era ya el hombre del New Deal, no quería ser el hombre del *Jew Deal*. Y lo que la memoria revela hoy es el infinito desamparo de los judíos entre 1940 y 1945. Me doy cuenta, por otra parte, de que la revela de un modo bas-

tante paradójico, pues se dice ese desamparo con un énfasis atronador. Nadie puede ya hoy, dada la centralidad del problema judío, entender hasta qué punto era marginal el acontecimiento del exterminio en la época en que tuvo lugar. Veo en eso una contradicción desgarradora entre el modo de decir y el contenido de lo que se dice. Todo ocurre como si el rumor de la memoria nos alejara inexorablemente de su objeto. Pero me parece que se podría dar a su objeción, Tzvetan Todorov, sobre el museo del Holocausto en Washington, una respuesta al estilo de Carter o al de Furet.

T. T.: Me gustó mucho el libro de Wyman, que cito extensamente en *Face à l'extrême*. Es una obra ejemplar por lo mismo que vuelve una mirada inquisitiva sobre nosotros mismos, en vez de contentarse con designar al horroroso enemigo, lo cual es particularmente fácil en este preciso caso, pues el enemigo en cuestión era efectivamente horroroso.

Por volver al museo del Holocausto: usted sabe como yo que se encuentra en el Mall de Washington, al lado de otros monumentos e instituciones, el Smithsonian Institute, la National Gallery, y otros más. Un museo está destinado a actuar sobre su público. Ahora bien, es esencialmente visitado por americanos de viaje en Washington. Lo que perciben allí es ante todo el horror del exterminio, y en consecuencia el mérito de los Estados Unidos: ellos contribuyeron a ponerle fin. Su propia responsabilidad –objeto del libro de Wyman– es, bien mirado, infinitamente menor que la de los nazis, y sin embargo es real también, y tanto más significativa cuanto que es la del gobierno americano de la época, el suyo. Por volver pues a las tres razones de Carter: la tercera retrocede inevitablemente al fondo, y las dos primeras sirven para halagar el orgullo americano, ese pueblo heroico y hospitalario. Por generalizar mi razonamiento: yo no creo que el recuerdo del pasado tenga la misma significación según nos identifiquemos con tal o cual de los protagonistas de la historia del pasado. Para mí, ése es un elemento decisivo. Hablo de ello, pues, en mi texto sobre Primo Levi, porque Levi mismo sugería unas actitudes diferentes hacia la memoria por parte de los antiguos verdugos y por la de las antiguas víctimas. En resumen, pedía a los verdugos que no dejaran de acordarse, y a las víctimas, si podían, que olvidaran.

R. M.: Sí, también me llamó la atención ese pasaje. Parece como si usted considerara el museo del Holocausto esencialmente como un instrumento de educación del pueblo americano. Y yo no creo que se hiciera sólo para eso. «Acordarse y educar», eso es lo que había en la exposición de motivos que copié de Internet. Allí se dice que se pondrá el acento en los seis millones de judíos que se mató, pero que el museo hablará también de la historia de los gitanos, de los polacos, de los prisioneros soviéticos, de los homosexuales, de los discapacitados, de los testigos de Jehová y de otras víctimas de la persecución nazi. En oposición a eso, la posibilidad o la hipotética creación de un museo que fuera el del exterminio de los indios o el de la esclavización de los negros es una idea un poco surrealista, creo yo. ¿Es que realmente se pediría en Francia un museo sobre la tortura en Argelia?

T. T.: En Alemania sí que se pide la creación de un museo del Holocausto.

R. M.: Yo creo que Alemania no puede sobrevivir sin la existencia de tal museo.

T. T.: ¿Sobrevive Francia muy bien ignorando ciertas cosas?

R. M.: No, Francia sobrevive muy mal, porque ignora una gran cantidad de cosas.

T. T.: ¿No están los problemas de hoy relacionados con ciertos vacíos de memoria?

A. F.: ¿Pero se puede hablar seriamente de amnesia? ¿No hay, por el contrario, una obsesión antirracista en los Estados Unidos?

R. M.: Absolutamente. Y creo que eso se deduce bastante bien de varias cosas. Los americanos se alzan muy fácilmente contra la política de su propio gobierno. Ya que hablamos de la guerra de Argelia, ¿cuántas negativas hubo a obedecer la llamada a las armas? Muy pocas. Hubo

quinientas mil negativas al servicio militar durante la guerra del Vietnam. Hubo manifestaciones contra la guerra que reunieron entre veinte mil y cien mil personas. Y luego, a propósito de los negros, recuérdese cómo se impuso el fin de la segregación en los Estados Unidos. Con la ayuda de las tropas federales. Téngase en cuenta lo que significa la *Affirmative Action*, la acción compensatoria. Y sé que a Tzvetan Todorov no le gusta esa acción compensatoria. Pero tengo aquí un discurso del presidente Clinton en que la elogia con mucho fundamento. Y eso significa que no se olvida jamás lo que él llama todavía las minorías étnicas, porque dice que, de aquí a pocas decenas de años, ya no habrá minorías étnicas porque ya no habrá ninguna minoría en los Estados Unidos, todo el mundo será mayoritario, si se puede decir así. Por lo demás, los negros pueden crear, si quieren, un museo sobre la esclavitud –no hay que olvidar que, si bien el gobierno federal donó el solar para el museo del Holocausto, éste se erigió mediante donaciones privadas. Por consiguiente, nada impide a los indios, cuyas tribus en algunas regiones se han hecho extremadamente ricas, ni tampoco a los negros crear o exigir que se cree algo semejante. También creo que ésa no es una argumentación totalmente bien encaminada.

T. T.: Continúo creyendo que ese museo sirve, como por otra parte acaba de recordar usted, para acordarse y para educar. ¿Pero a quién sino a sus visitantes? Por otra parte, todo establecimiento de la verdad, toda recuperación de la memoria me parecen legítimos en sí mismos. Por esa razón, no me parece que ese museo sea un error catastrófico, pero pienso que hay otras acciones que podrían educar mejor al pueblo americano en ese contexto. Eso es todo.

A. F.: Vayamos pues a la cuestión de los usos legítimos y de las manipulaciones o de lo que usted mismo llama los abusos de la memoria. En un artículo publicado en *Le Monde*, Tzvetan Todorov, escribía usted: «Respeto a los que lloran sus propios muertos, pero admiro más a los que consiguen transformar su dolor en razón de actuar para impedir que se cometan otras injusticias.» Ese imperativo se impone con la fuerza de la evidencia, y sin embargo quisiera llevar ahora el debate hacia él.

Partiré de Michelet, el historiador de la deuda con el pasado, el historiador que fija a su disciplina lo que hoy llamaríamos un deber de memoria. «Sí, cada muerte deja un pequeño bien, su memoria, y pide que se la cuide [...]. Nunca en mi carrera he perdido de vista ese deber del historiador. He dado a muchas muertes demasiado olvidadas la asistencia que yo mismo necesitaré.» O también esto: «En las galerías subterráneas de los archivos por los que he errado durante veinte años, en aquel profundo silencio, llegaban sin embargo unos murmullos a mi oído. Los lejanos sufrimientos de tantas almas sofocados en esas viejas edades se lamentaban en voz baja [...]. Tendrían derecho a decir: “Historia, cuenta con nosotros, ¡tus acreedores te lo demandan! Hemos aceptado la muerte a cambio de una línea tuya.”»

Y es esa misma responsabilidad para con los muertos sin número y sin nombre la que inspira a Primo Levi. Este archivero alucinado de Auschwitz escribe, como Michelet, para dar una reparación. Y Serge Klarsfeld con el memorial de la deportación: asiste a los torturados, enumera, expedición a expedición y por orden alfabético, los apellidos de cada deportado judío de Francia, como también su nombre y su fecha y lugar de nacimiento. «Así se forma una familia, una ciudad común contra los vivos y los muertos.» Y Yad Vashem, el museo de la deportación de Jerusalén, con un nombre tomado de Isaías: «A esos, les reservaré en mi casa, entre mis paredes, un Yad Vashem, un monumento y un nombre.» Último ejemplo: el museo del Holocausto en Washington. Al entrar, los visitantes reciben la tarjeta de identidad de un hombre o una mujer que ha sufrido tormento. Así pueden seguir, sala tras sala, el calvario de su compañero de azar en cada etapa del exterminio.

Esta obsesión por los nombres y las caras es la respuesta de los vivos a la deshumanización

Primo Levi pedía
a los verdugos
que no dejaran
de acordarse,
y a las víctimas,
si podían,
que olvidaran.

de la muerte practicada por los nazis. ¿No es ésta, sea cual sea por otra parte la necesidad de la vigilancia, una justificación suficiente de la memoria? No debemos sustraernos a las tareas del presente; no debemos olvidar tampoco que los muertos tienen necesidad de nuestra dedicación a ellos.

T. T.: En *Les abus de la mémoire*, el librito que publiqué hace unos años, yo partía de una distinción entre recuperación de la memoria y usos que se hacen de ella. La recuperación de la memoria es una exigencia a la que no debe poder oponerse nada. Sólo los regímenes totalitarios, o las tiranías antiguas, han intentado reglamentar la recuperación de la memoria. En un país democrático, aun cuando esa democracia sea imperfecta, la posibilidad de recuperar la memoria se deja abierta a todos y cada uno. No podemos sino felicitarnos por ello. Como ejemplo de esa recuperación de la memoria, en Francia, daba precisamente el Memorial de Serge Klarsfeld. Admiro su trabajo en el Memorial, porque ha logrado arrancar del olvido, de la nada, los nombres de esas setenta mil personas que partieron en las expediciones hacia los campos de concentración y de exterminio. Pero el trabajo de memoria no se agota en la recuperación; prosigue en un uso. Desde el instante en que se produce este acto en el espacio público, comienza a ser utilizada. Es posible, por cierto, que algunas recuperaciones de la memoria queden sin ningún uso más allá de esa recuperación misma. Pero no es ése el caso general. Por regla general, los esfuerzos de la memoria colectiva o de la historia están motivados por exigencias de orden político y moral que tanto pueden ser nobles como innobles. Por lo demás, es ese uso el que pone en marcha habitualmente la recuperación misma. He ahí en qué términos se planteaba entonces el problema para mí, y se plantea todavía.

Una vez se ha aceptado que toda recuperación de la memoria es legítima, lo cual creo profundamente, ¿cómo podemos distinguir entre buenos y malos usos de la memoria, entre usos y abusos? Todos tenemos presentes en el pensamiento ciertos malos usos. Podríamos partir de ahí para buscar su denominador común. Pero antes quisiera dejar la palabra a Richard Marienstras.

R. M.: Creo que es cierto que hay malos usos de la memoria. Las recientes guerras étnicas lo demuestran con abundancia. Sin embargo, es muy difícil hacer un acto de memoria que no pueda ser mal utilizado. Esa es la razón por la que, los que intentan hacer acto de memoria, deben hacerlo. Quisiera dar varias razones.

A. F.: Deben hacerlo aun así, a pesar de ello, ¿es eso?

R. M.: Sí, a pesar de ello. Primero el testimonio. Está claro que el testimonio no se puede dejar de aportar, pero también hay que decir que va totalmente contra las reglas del saber vivir de la Alemania hitleriana, tal como las cuenta Primo Levi: «Los que sabían no hablaban, los que no sabían no preguntaban, los que preguntaban no obtenían respuesta. Y de esta manera es como el ciudadano alemán típico conquistaba y defendía su ignorancia; ignorancia que le parecía una justificación suficiente de su adhesión al nazismo.» Creo que es un argumento muy fuerte para el testimonio y también para la repetición del testimonio por los que lo reciben, volveré a ello. «Nosotros los supervivientes somos testigos y todo testigo está obligado, incluso por la ley, a responder de manera completa y verídica.» Es Primo Levi. Y el poema que ha escrito como exergo a *Si esto es un hombre*:

*No olvidéis que eso ocurrió,
no, no lo olvidéis:
grabad estas palabras en vuestro corazón.
Pensad en ellas en vuestra casa, por la calle,
al acostaros, al levantaros;
repetidlas a vuestros hijos.
O que vuestra casa se hunda,
que la enfermedad os aflija,
que vuestros hijos os den la espalda.*

Ahí están los trabajos de los historiadores, a pesar de la proliferación anárquica, sobre todo en los Estados Unidos, de obras de escaso interés. Pero aun así hay una inmensidad de cosas que todavía ignoramos, no solamente sobre la Shoah, sino sobre muchos acontecimientos relacionados con la Segunda Guerra Mundial, almacenados como están, por ejemplo, en kilómetros de archivos soviéticos, que apenas si se acaban de hacer asequibles. Y si bien es verdad, como quiere Yosef Haim Yerushalmi, que la historia no siempre viene en ayuda de la memoria, y a veces incluso todo lo contrario, ello no es inevitable y por lo tanto hay que dejar a los historiadores que ayuden a la recuperación de cosas olvidadas.

A. F.: Ernst Nolte quiere arrebatar la historia a la memoria colectiva, para confiar su gestión a los historiadores. No quiere olvidar sino pasar la página. No reclama la amnesia, sino que el nazismo sea un pasado como cualquier otro: un pasado que se estudia, un pasado objetivado, y no ya un pasado que agobia. Si rechazamos ese trato, si resistimos a esa exhortación, es porque la barbarie instalada en el centro de la civilización instaura un sentimiento de espanto con respecto a nuestra modernidad que no puede, que no debe borrarse. Pero negarse a abandonar el pasado en manos únicamente de historiadores no conduce a rechazar la historia. La memoria, al contrario, necesita la investigación histórica para profundizarse, afirmarse y perpetuarse.

T. T.: No porque sea siempre posible un mal uso hay que renunciar a recuperar la memoria, estamos de acuerdo. Por otro lado, no basta con decirse: «Recupero la memoria, vuelvo a ese recuerdo, y no quiero saber qué uso se le dará.» Hay que reflexionar sobre los posibles abusos de la memoria. ¿Cómo orientarse pues? En un primer momento, podríamos tener la tentación de decirnos, por ejemplo: «Los recuerdos que llevan a la guerra son malos, los que llevan a la paz son buenos», o algo por el estilo; en pocas palabras, reformular el problema en términos morales. Por mi parte he intentado buscar algunos elementos de una respuesta un poco más formal. Propongo dos.

Se ha evocado ya la primera dirección. La memoria es tanto más fecunda, el uso que hacemos de la memoria es tanto más meritorio cuanto que no nos proyectemos en los papeles positivos, sino que descubramos en nosotros mismos, o en el grupo con que nos identificamos, la posibilidad del mal, también. No se trata, por tanto, de reescribir la historia entera para hacer de ella una lección de moral, como se hace a veces en algunas universidades americanas (y se convierte entonces en la de la opresión de las mujeres por los hombres, de los negros por los blancos, de los homosexuales por los heterosexuales, y así sucesivamente). Simplemente hay que darse cuenta de que si queremos actuar sobre la gente, no debemos empezar por darnos buena conciencia, sino por descubrir nuestros propios defectos, apercibiéndonos de que nosotros mismos podemos estar contaminados por ese mal. Eso es lo que nos enseña Primo Levi, a quien decididamente admiramos todos: cuando analiza el mal en Rumkowski, o en cualquier otro, vuelve contra sí mismo el dedo acusador y se pregunta: «¿No me he comportado yo también a veces como Caín amenazando a Abel?»

¿Cuáles son esos papeles positivos? El del héroe, por supuesto, pero también el de la víctima. Me parece preferible, pues, no identificarse sistemáticamente con esos papeles que nos dan siempre una gratificación interior. Recuerdo también, en mi texto sobre Levi, el ejemplo de los franceses que, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, se habían identificado tanto con las víctimas que no se daban cuenta de que ellos mismos eran capaces de repetir ciertos métodos de sus verdugos, principalmente durante la guerra de Argelia.

La segunda vía de reflexión concierne a la posibilidad de pasar, no de lo particular a lo general, sino del caso propio al de otro. Por eso los héroes de mi Panteón son personajes como Vassili

Grossman, o Marek Edelman, o David Rousset, o Germaine Tillion, que supieron todos, después de haber sufrido en sus carnes y en su alma el mayor de los sufrimientos, encontrar las fuerzas necesarias para volverse hacia el sufrimiento de los demás y compartirlo.

R. M.: No puedo sino estar de acuerdo con lo que se acaba de decir. Es cierto que los sufrimientos que se han vivido no dispensan de preocuparse por los sufrimientos vividos por otros. O de preguntarse por la capacidad de uno mismo para infligir el mal.

Pero eso no debe hacernos olvidar la considerable diferencia que hay entre el común de los mortales y hombres como Heydrich, Himmler, Goebbels, Mengele y muchos otros del mismo saco, que están más allá de la «zona gris» de que habla Primo Levi.

Yo no sé si algunos hombres no hacen el mal porque lo rechazan o porque son demasiado débiles o demasiado miedosos para cometerlo, pero creo en la existencia de hombres a quienes la fascinación del mal y la capacidad de hacerlo les distinguen radicalmente de los otros, del mismo modo que creo en la existencia de los héroes, de los santos y de los justos. Son pocos, tanto los unos como los otros, pero existen... Si yo mismo no me hubiera encontrado con dos o tres de ellos, aceptarían gustosamente el testimonio de Péguy, de Bernanos, de Malraux y de Shakespeare —y también de Primo Levi— para convencerme de su existencia.

También quisiera añadir que me parece que uno de los usos de la memoria consiste en oponerse a lo que yo llamo el humanismo de segunda mano que hay quien quiere oponer al pesimismo del corazón y de la inteligencia, ese que encontramos justamente en Primo Levi.

Eso se puede hacer manteniendo el espanto, por emplear una expresión de Furet, creo. Hay que mantener el espanto, porque sólo de ese modo podemos, en cierta manera, preservarnos de un espanto peor.

A. F.: No hay nada que añadir a eso, salvo, quizá, ya que ha evocado usted el nombre de Rumkowski, Tzvetan Todorov, otro nombre: el del gran escritor Adolf Rudnicki. En *Le marchand de Lodz* (Gallimard), cuenta admirablemente la vida de aquel jefe de gueto de Lodz que había mandado hacer billetes de banco con su efigie y que fue conducido al campo de la muerte en vagón Pullman.

■ Traducción de Eduard J. Verger



Giacomo Manzù
Bajorrelievè